

Editorial

Reconocimiento In Memoriam al Coronel M.C. Jorge Meneses Hoyos en el 25 Aniversario de su fallecimiento*

Tte. Cor. M.C. Raúl Fernández Doblado**



Busto del Coronel M.C. Jorge Meneses Hoyos que existe en la Biblioteca del Hospital Central Militar, que lleva su nombre.

* Homenaje hecho en la Escuela Médico Militar en noviembre de 1997.

** Profesor Emérito de Obstetricia de la Escuela Médico Militar. Cd. de México.

Correspondencia:

Tte. Cor. M.C. Raúl Fernández Doblado
Gelati 29-405 (Hospital Mocel)
CP 11850 México, D.F.
Tels. 516-83-45 277-31-11 ext. 2405

Las mejores y más grandes satisfacciones que puede uno tener, a lo largo de la vida, son de índole moral, espiritual e intelectual y todas ellas las tuvo el maestro Jorge Meneses Hoyos.

Es mi legítimo orgullo haber egresado de la Escuela Médico Militar y el envidiable e inmenso privilegio de haber sido discípulo de tan extraordinario mexicano, a quien con justa razón debemos rendirle homenaje y reconocimiento 25 años después de su sentido fallecimiento.

Su congruencia le permitió al maestro Meneses elevar su espíritu sobre las pasiones y las pequeñeces de esta vida.

¡Qué bueno, sí, qué bueno y satisfactorio es que existan mexicanos capaces de unirse para reconocer y para honrar a nuestros indiscutibles valores nacionales, cuyos incontables logros y cualidades, como es el caso del maestro Meneses Hoyos, fueron proyectados y recibieron aceptación universal, haciéndose acreedor de toda clase de honores y distinciones que aceptó siempre con profunda humildad cristiana y el orgullo de ser mexicano. El maestro jamás ambicionó poder o riquezas. Fue justo y caritativo con todos sin excepción. Desde pequeño aprendió a ser indiferente a los bienes mundanos. Los honores le llegaron porque se empeñó en servir a su patria en el logro de intereses más nobles y rechazó tentadoras ofertas para salir del país. Apasionado de la investigación, pensaba y estaba convencido de que si no desarrollábamos originalidad en nuestra ciencia, seguiríamos en el subdesarrollo y dependiendo tecnológicamente del extranjero y eso lo angustiaba.

Muchas, pero muchas cuartillas podrían llenarse para relatar una pequeña parte de los incontables frutos de la actividad de este mexicano extraordinario, un verdadero «fuera de serie» cuyo talento le permitió destacar en todas las disciplinas, incluso las muy ajenas a la medicina.

Recuerdo que en ocasión memorable, al evocar al maestro inolvidable, otro querido profesor, el doctor Oswaldo Arias Capetillo (q.e.p.d.) escribió: «Un Dios mora en cada inteligencia» decía Menandro, en la de Meneses Hoyos moraba un Dios mayor.

El doctor Meneses Hoyos fue un sabio verdadero, un genio, excelente como padre, impecable como esposo, maestro de maestros, investigador y dueño además de dos grandes

cualidades: fue profundamente humano y humilde de corazón. Su fortaleza de carácter, su catolicidad y su apego a los principios de honor jamás permitirían que albergaran en su espíritu sentimientos de rencor, de intriga o de envidia.

Inmensa satisfacción representó para mí la fortuna de haber sido su alumno, escuchar sus palabras, sus razonamientos, sus juicios, dejarme boquiabierto ante las manifestaciones oportunas y nunca ostentosas de su inmensa cultura en todas las ramas del saber. ¡Cuánto placer me proporcionó la lectura de sus libros: «Las Enfermedades Del Riñón» (merecedora por cierto del Premio Nacional de Ciencias, cuando el maestro tenía 33 años de edad), Las dos ediciones de su «Cardiología», sus lecciones sobre «Los Problemas Del Cardíaco», sus incontables artículos y sus inobjetable puntos de vista ante problemas controversiales, dada su contundente evidencia científica.

Jorge Meneses Hoyos se esmeró en combatir con su pluma leyendas y prejuicios (tan arraigados entre el vulgo y los médicos) relativas a las enfermedades del corazón. Luchó por demoler el prejuicio de la incurabilidad de las enfermedades del corazón, la falacia de su inevitable herencia, examinó con objetividad los efectos de la altura en la respuesta del corazón sano y enfermo, precisando conceptos.

Demolió el consejo absurdo consistente en prohibir invariablemente el embarazo en las cardiópatas. Recuerdo que cuando ya los médicos militares habíamos desterrado el consejo inexacto y exagerado de Peter, que decía. «Muchacha no te cases: si te casas no te embaraces; madre, no amamantes», éste persistió por muchos años entre mis amigos de la facultad de medicina, ex-compañeros de la preparatoria. Así de difícil ha sido corregir prejuicios cuya persistencia tanto han contribuido al retraso en el progreso acelerado de la medicina.

Jorge Meneses Hoyos luchó siempre por las ideas, por la divulgación de los conocimientos, por la capacitación de sus compatriotas, por mejorar y desarrollar los sistemas educativos, con miras a corregir tanto nuestras deficiencias como nuestros profundos abismos culturales. Con el ejemplo de sus mejores virtudes, se empeñó en cultivar en sus alumnos el respeto a la persona y su derecho a disentir y fue su mística permanente ¡La Divulgación de la Verdad!

Sin jamás humillar o denostar a sus semejantes, merced a su intervención, la ciencia médica mexicana auténtica comenzó a liberarse de un sinnúmero de intelectuales tramposos.

Para una persona que escucha el relato de sus incontables prendas, sin haberlo conocido, encuentro explicable que pudiera exclamar: «no, no puede haber existido un hombre tan ricamente dotado». En efecto, era menester haberlo conocido para poder apreciar la grandeza moral, científica y espiritual de este mexicano, orgullo de nuestra escuela y de nuestra Patria.

Es indudable que Jorge Meneses Hoyos es figura representativa de la sabiduría, de la humildad verdadera, de la caridad y de la comprensión, cualidades todas ellas que debieran ser aprovechadas y empleadas como ejemplo

para orientar a juventudes extraviadas y escasas o carentes de valores éticos y morales. ¡«de ser así, otra sería nuestra Patria»!

Años después de haberme recibido procuré, cuando me era posible, seguir asistiendo a su cátedra y confundido entre sus jóvenes alumnos escuché sus extraordinarias lecciones en la clínica de cardiología, como lo hice también en la clase del Cor. M.C. Leonel Fierro del Río, otra de las glorias de nuestra Escuela Médico Militar y que en estos días cumplió 5 años de sus dolorosa desaparición.

Pues bien, hoy que veo con tristeza que nuestros hijos suelen no conocer y menos recordar el apellido y nombre completo de sus actuales y pasados profesores, me considero afortunado por haber tenido un grupo de maestros que jamás he olvidado y que me proporcionaron enseñanzas que intervinieron en la formación de nuestra actitud moral, sentido del deber, de responsabilidad, en la firmeza del carácter y en los principios de moral y lealtad tan arraigados en los médicos militares (y centenares de sus alumnos de la Universidad Nacional) porque se apoyaron e inspiraron invariablemente en virtudes singulares que fueron y debieran seguir siendo ejemplo para actuales y subsiguientes generaciones.

En la investigación, los creadores de nuevos conocimientos tienen siempre un componente fundamental: la motivación. En rigor, quizá la insatisfacción en las limitaciones terapéuticas en las cardiópatas despertaron iniciativas que, al realizarse, cambiaron el curso de la historia de la cardiología. Séame pues permitido relatar, con brevedad, una contingencia extraordinaria que anticipaba la magnitud del genio de este singular mexicano, Médico Militar insatisfecho e investigador en acción.

Jesús Kumate Rodríguez, mi admirado compañero y amigo, en su libro «Investigación clínica: Cenicienta y Ave Fénix» dice textualmente: es sorprendente en grado sumo que, en 1930 una tesis de pregrado de la Escuela Médico Militar de México, bajo el título «El Cateterismo Cardíaco» (Adalid Carlos Islas. Tesis 1930. Pág. 29) se haga el relato y se muestren dos radiografías de las cavidades derechas del corazón de siete perros, con base en un artículo de Werner Forssmann, aparecido apenas en septiembre de 1929, en donde éste hace el relato de su sensacional autoexperimento de cateterismo. Si se toma en cuenta —continúa diciendo Kumate Rodríguez— el tiempo para que el *Klinische Wochenschrift* llegara al lector mexicano, llama la atención que pudiera Jorge Meneses dar «el punto de tesis» al pasante Carlos Adalid y tiene que asombrarnos que en un lapso tan corto haya habido esa confirmación experimental animal del autoexperimento humano alemán, en México.

Forssmann opacificó las cavidades derechas y la circulación pulmonar de los perros y publicó sus hallazgos un año después, en 1931.

«Acto propio de un circo» calificó el gran cirujano alemán Ferdinand Saverbruch al experimento de Forssmann, aun cuando años después, la entrega del premio Nobel compensó el desaire y la incompreensión. El notable ciruja-

no alemán no vivió para poder ofrecer disculpas por su lamentable ligereza a este extraordinario investigador.

Ciertamente que a estos notables, como Werner Forssmann y Meneses Hoyos (que contaba apenas con 24 años de edad) les queda perfectamente aplicada la sentencia de Charles Nícolle (1926) oportunamente consignada al principio del relato al que hago referencia y que a la letra dice: «la curiosidad del hombre sólo es comparable a su audacia para satisfacerla».

Meneses Hoyos continuaba estudiando, investigando y la publicación de sus trabajos, como «El Electrocardiograma de la Agonía» y las primeras aortografías torácicas y de las coronarias, en colaboración con Carlos Gómez del Campo Staines, suscitaron favorables comentarios internacionales. Pero Meneses Hoyos era modesto, no cultivaba el apoyo y favor de los poderosos que esperaron en su antesala para recibir su auxilio profesional, ni gustaba de pronunciar piezas oratorias que conmueven y enternecen a los adoradores de la mitomanía. Quizá por ello, desde hace 24 años, con harta frecuencia vienen a mi mente las palabras del maestro Arias Capetillo cuando en memorable discurso hubo de decir: «en otro medio, con más recursos y colaboradores, hubiera sido un investigador de gran renombre, digno de un premio Nobel, ese florón que aún no logra México.» ¡Cuán cierto es!

Termino ya. Uno quisiera que para ciertas personas la vida se prolongara indefinidamente. ¡Esto no es posible!

El recuerdo del Maestro Meneses Hoyos vivirá siempre en quienes lo conocimos, lo quisimos, lo respetamos y no encontramos consuelo en su irreparable pérdida. Descanse para siempre en paz nuestro Maestro querido, un hombre en verdad bueno, comprensivo, humilde de corazón y la figura más notable de la cardiología nacional.

Cuando pienso en mi Maestro, en ese gran educador, enamorado de la verdad y de su catolicidad, respetuoso de sus compatriotas, nacido para servir, atento a la voluntad de Dios, confío y me consuela pensar que probablemente al momento de su muerte habrá escuchado las dulces palabras evangélicas.

«Ven Siervo Fiel: Entra en el Goce del Señor»

Gracias, muchas gracias.

Tte. Corl. M.C. Raúl Fernández Doblado
Profesor Emérito de la Escuela Médico Militar.
Noviembre de 1997.